

CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)

*Director y editor responsable: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

	3	Habitar el mundo
<i>Luis Baliña</i>	5	El mundo es habitable si tiene sentido
<i>Andrés Schwartz</i>	15	Habitar desde la arquitectura
<i>Mateo González Obligado</i>	23	Los espacios abiertos de Dios
<i>Silvia Campana</i>	43	Habitar el propio cuerpo
<i>Eduardo A. Agosta Scarel</i>	53	De la teología a la ciencia: una palabra salvífica
<i>Gerardo Daniel Ramos</i>	63	Teología e historia: hacia un método teológico interdisciplinar
<i>Cecilia Inés Cibeira</i>	83	El ocaso del totalitarismo de la ciencia

DE LA TEOLOGIA A LA CIENCIA: *una palabra salvífica*

Eduardo A. Agosta Scarel, O. Carm.^{*}

Hoy por hoy, el conocimiento científico permite incursionar espacios rayanos de la condición humana antes reservados para el ámbito religioso aunque, por propia especificidad, el terreno excursionado por la ciencia permanece en la inmanencia creacional. Así mismo, ¿es el quehacer científico dialógico a la teología y viceversa?

Todo parece indicar la existencia de una asimetría en la ortopraxis inicial de la relación establecida entre la ciencia y la religión. La ciencia se ha erigido vigorosamente en el marco del agnosticismo laplaciano y ha configurado una cosmovisión científica racional-matemática. La teología, por el contrario, no puede ignorar el aporte del conocimiento científico sobre la realidad en su particular obra creadora de nuevas racionalidades hermenéuticas e integradora de la experiencia vital y el saber humanos.

Con todo, la palabra de la ciencia se muestra paciente de la condición contingente del ser humano. La realidad en sí misma adviene en profuso exceso a la conciencia del hombre. Se evidencia desde la teoría del caos, el principio de incertidumbre hasta la actual indefinición de la física teórica que el discurso científico lógico-matemático palidece ensombrecido ante la inagotable riqueza que ofrece la naturaleza (*physis*), habilitando otros modos de aprehensión de la realidad.

^{*} Departamento de Ciencias de la Atmósfera y los Océanos, Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, Universidad de Bs Aires. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET).

En este ámbito, la teología está convidada a ofrecer un discurso hermenéutico ulterior. Es de suyo integrar el horizonte gnoseológico y epistemológico que la ciencia enmarca, siendo capaz no sólo de reinterpretar sus conceptos teológicos tradicionales sino también de expresar mediante genuinas formas cognitivas la significación originaria de la que es portadora. Tal privilegiada significación remite a lo trascendente que se ha autorrevelado como Palabra salvífica para el hombre.

A continuación ofrezco un ensayo a modo de obertura sobre la relación establecida entre la teología y la ciencia intentando sistematizar –no sin esfuerzo– algunas apreciaciones fenomenológicas de mi experiencia como joven, científico y creyente...

Ciertamente la ciencia, entendida como *episteme* en su versión moderna, ha generado en el último siglo un exuberante desarrollo del conocimiento científico y ha conducido casi unilateralmente la estructuración y legitimación del saber humano determinando la génesis y la transmisión del mismo a través de la tecnología. A su vez, la estructuración científica del saber humano ha configurado una cosmovisión racional-matemática dentro de la cual parecería no haber cabida para otros modos de conocimiento. La ciencia tendría la potestad de admisión de verdad a todo aquello que ingrese en los cánones del método experimental. En tal caso, la hipótesis de Dios es técnicamente inverosímil dado su status observacionalmente inverificable.

Sumado a lo anterior el éxito incuestionable de la aplicación tecnológica del conocimiento científico, no es de extrañar que una amplia proporción de científicos y de las sociedades occidentales se alisten en la postura de la increencia agnóstica. Sin profundizar demasiado en los distintos perfiles filosófico-sociológicos del agnosticismo que puedan encontrarse, en general hay una tendencia a aceptar la insuficiencia de las pruebas de la existencia de Dios y a considerarla, si no imposible, al menos tan improbable que no merece consideración práctica¹. El científico agnóstico que de ordinario encontramos en los pasillos de nuestras universidades y laboratorios asume sin mayor

¹ Sobre el agnosticismo ver B. RUSSELL, *Escritos sobre Dios y la religión*, Ed. Martínez Roca, Barcelona 1992, 86.

preocupación el carácter perentorio del mundo y del hombre a quien le toca aceptar su destino biológico y desplegar su vida en la inmanencia última de la que es parte. Otros, que asumen una postura más crítica ante la religión, sostienen además que las creencias religiosas son un sumidero de irracionalidad incompatible con la verdad científica y que los mitos religiosos, que siempre han alimentado a la humanidad y a las religiones actuales, no son más que subterfugios de los deseos inconscientes del ser humano. Para ellos la ciencia moderna ha demostrado que en caso de conflicto ya no saldrá ningún Dios surgido de las propias proyecciones –como el padre de familia que interviene para traer orden– a interceptar las ojivas nucleares².

Sin embargo, si nuestros antepasados miraban con estupor y asombro la vastedad del universo cual sede de los dioses, y allí encontraban el origen y destino del hombre – en cuanto que descendiente y dependiente de los dioses– hoy día más que nunca el hombre tiene plena conciencia y conocimiento de su íntima relación con el cosmos en virtud de su estructuración material. Más aún, el hombre debe la posibilidad de su existencia a las condiciones físicas iniciales del universo –como por ejemplo la proporción necesaria de partículas elementales y fotones que dieron lugar a los ulteriores procesos generadores de la radiación fósil– que le han dado a luz tras una prolongada trama entretejida con el tenaz ascenso en complejidad de la evolución cósmica. En suma, la humanidad es hija de las partículas interestelares, hermana de ranas y amebas y señora de su propio destino.

La cosmovisión ofrecida al hombre posmoderno por la ciencia en última instancia parece haber despojado el carácter enigmático de lo real situando cada acontecimiento en una ordenación concatenada de explicaciones racionales y haber librado al hombre a la consecución de su propio destino. En este sentido, una dificultad que afronta aquella teología que integre el aporte científico no es tanto la posibilidad de la existencia y

² H. REEVES, *El sentido del Universo: ¿tiene futuro la vida?*, Emecé, Buenos Aires 1989, 212.

comprensión de Dios sino el poder resolver la eventual relación de Dios con el hombre y con la historia humana³.

Es claro que tal emprendimiento resolutivo es radicalmente innecesario para la ciencia porque ni encontrar un lugar para Dios ni fundamentar tal relación entre Dios y el hombre conforman su interés. La pregunta sobre Dios no es campo de su competencia porque escapa al proceso de corroboración y/o falsación y el nivel de desarrollo alcanzado por las investigaciones científicas se incardinan en la respuesta de ateísmo laplaciano: Dios jamás ha tenido que ser postulado, si quiera ad hoc. Esto abre una asimetría inicial entre el quehacer científico y el teológico, el cual requiere del contenido científico a la hora de ofrecer su particular obra creadora de renovadas racionalidades hermenéuticas e integradora de la experiencia vital y el saber humanos.

No obstante, para el hombre creyente, Dios vive en su campo –al punto que plantó su tienda entre los hombres (Jn 1, 14b)– y, por tanto, es de suyo buscar hasta encontrar el lugar de Dios en la cosmovisión del mundo. Si además es científico, tendrá por seguro que la cosmovisión ofrecida por la ciencia es una constelación parcializada de la realidad debido a amplios motivos que trataré de esbozar rápidamente.

Por un lado, el psicoanálisis nos previene de los juicios terminantemente cerrados que pueden imperar en cualquier sistema ideológico ya que detrás de toda afirmación clausurada se encuentra agazapado el deseo de omnipotencia infantil. Esto es aplicable a toda obra humana que se alce en superioridad intolerante y la ciencia, como también cualquier tipología religiosa, puede embaucarse incontestablemente en el laberinto de los deseos del hombre.

Por ejemplo, la extensiva investigación de los campos gravitacionales cuánticos en el ámbito de la cosmología permite cerrar parcialmente puertas entreabiertas pero, desde el punto de vista científico, las impecables teorías cosmológicas re-

³ Cf. I. Núñez de Castro, *El rostro de Dios en la era de la biología*, Sal Terrae, Maliaño, 1996, 18.

sultan ser en gran medida especulaciones teoréticas con poco aserto experimental. El pleno conocimiento científico de lo acontecido en el origen del cosmos nos está aún ampliamente vedado por el muro de Planck. Es fácil detectar en las versiones circulantes elementos componentes de filosofías personales más que reales hallazgos científicos. Cuando todo cierra perfectamente al punto que nada parece escapar (¿cómo en un agujero negro?) y nadie más puede entrar (¿debido quizás al muro de Planck de la ignorancia!), huele más a sistema ideológico que a explicación científica.

Con todo, no estoy invalidando la búsqueda de nuevos horizontes hermenéuticos y epistemológicos y sus potenciales aplicaciones a la realidad física dentro de la propia ciencia. Quizá la objeción pertinente es ante la generalizada valoración de tales aserciones científicas como giros copernicanos que, creo, es llegar a niveles de insensatez que encauzan a la misma ciencia en una actitud no muy honorable para ella que es la de carecer de autonomía ante los deseos del hombre.

Es de notar que nos hallamos en una instancia epocal que tiende a evidenciar en forma creciente la servidumbre a la cual está sometida la ciencia por ciertas ideologías dominantes y que enfrentan al hombre de hoy a una real auto-alienación en la decisión de su propio destino. Ciertamente, desentrañar lo científico de lo ideológico es todo un desafío para el creyente.

Por ello, un aspecto criticable en ciertos ambientes de ciencia es el excesivo dogmatismo científico que no es poco frecuente observar y que puede tomar diversas formas de expresión inhibiendo la posibilidad de emergencia de lo nuevo. El patente ejemplo de ello es el dogma que postula la objetividad de la naturaleza, fuertemente heredado de la filosofía griega. Bajo el reinado de semejante objetividad científica, todo asombro puede llegar a ser condenado de subversión bajo el calificativo de flagrante contradicción epistemológica⁴.

⁴ Expresión encontrada en J. Monod, *El azar y la necesidad*, Tuquest ed. SA, Barcelona 19703, 30.

Por otro lado, desde la aparición del principio de incertidumbre de Heisenberg, asociado al advenimiento de la cuántica, hasta la teoría del caos⁵ de los sistemas dinámicos, se pone de relieve el problema de fondo del saber científico que conmueve los cimientos del edificio de la ciencia entera. La misma indefinición reinante de la actual física teórica manifiesta el hecho. Existen problemas conceptuales y empíricos de fondo que, por ahora, parecen no tener solución inmediata. En algunas circunstancias, el objetivo de los programas científicos de investigación tiende hacia la construcción de esquemas teóricos abstractos que encuadran en un marco conceptual físico preconcebido y que son internamente coherentes en el mero sentido matemático. Si a esto se le suma la indeterminación de la teoría por la falta de datos, la consecuencia es la producción de esquemas globales sobre la física subyacente basados en un amplio rango de motivaciones filosóficas que podrían asumirse, porque no, como proyecciones de la psique individual profunda del investigador⁶. Así, no es poco probable encontrar entre los participantes de un determinado programa de desarrollo científico, dificultad en la comprensión e incluso en la admisión de validez de las investigaciones que miembros de un diferente programa de desarrollo científico han alcanzado o intentan alcanzar.

Por lo tanto, todo parece decir que no nos es posible determinar hasta qué punto la naturaleza (*physis*) está allí, fuera del sujeto cognoscente, a la espera de ser dilucidada a través de explicaciones racionales que conforman el discurso científico. Quizás, tales explicaciones de la realidad difícilmente no sean subjetivas y en parte objetivas, meras construcciones lógicas *a priori* a partir de elementos observados *a posteriori* y viceversa. Es prueba de ello el hecho histórico de que las teorías científicas permanentemente se renuevan en el reconocido progreso científico ge-

⁵ Sobre algunas consecuencias en ciencia de la teoría del caos, cf. E. A. Agosta Scarel, *Un principio anterior al Caos*, Proyecto, Ed. CESBA, Buenos Aires 2001 (41) 133-145.

⁶ Cf. J. Butterfield y C.J. Isham *Spacetime and the Philosophical Challenge of Quantum Gravity*, en *Physic meets at the Planck Scale*, ed. C. Callender and H. Hugget, Cambridge University Press 2001, 33-89.

nerado por los saltos paradigmáticos⁷. En definitiva, el dogma de la objetividad de la ciencia tambalea en su ortopraxis.

Considero que el asombro que con frecuencia emerge en el hombre/científico ante la observación y explicación de la naturaleza no es fruto de su ignorancia actual sino, más bien, del reconocimiento de la dimensión sobrehumana –es decir, por encima de las capacidades humanas– de la misma realidad, la cual adviene en exceso a la conciencia del hombre.

Por ejemplo, que el ser humano tenga esa chispa de racionalidad tal que pueda atisbar parte de aquello que está frente a sí, y dentro de sí, a pesar de que todo se oscurece en las micro-tinieblas del azar y la indeterminación produce asombro, por lo menos en muchos notables científicos. En una entrevista, Albert Einstein declaraba que la experiencia más bella y profunda que puede tener el hombre es el sentido de lo misterioso⁸. Experiencia que no necesariamente está en contradicción con la experimentación científica pero que puede ser desiderativamente suprimida de la conciencia en un acto libre. Aceptar o rechazar el misterio, en última instancia, es una cuestión de opción.

Para algunos, el asombro es posibilidad de y apertura al descubrimiento de la realidad más íntima de las cosas que por momentos parecen desbordar el entendimiento. Para otros no es más que una instancia pasajera que revela la ignorancia. En unos, es oportunidad de sentido en la sobreabundancia del sinsentido y, en otros, una demanda más a la conciencia como eficaz artilugio de la evolución a fin de avanzar en los peldaños de la complejidad.

En todo caso, parecería que la virtud de la opción radica en que lo enigmático encuentra su eco desde la personal experiencia de lo vivido que es, de continuo, evocado en lo profundo de la conciencia. La experiencia de este eco es una resonancia ontológica, que comprime y expande al mismo tiempo la

⁷ En el sentido dado por T. S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, México 1975.

⁸ Texto citado en A. Fernández Ranada, *Los científicos y Dios*, Biblioteca Básica Nobel, Oviedo 1994, 203.

totalidad del ser del hombre. Tal vez allí, por un instante, la mente y el cuerpo irracionalmente accedan a una dimensión de espacio-tiempo inadvertida. Esta irracionalidad queda evidenciada por la teoría del caos que nos habla metafóricamente de la existencia de algún inconsciente natural para el cual los comportamientos caóticos de los fenómenos físicos reales no serían más que neurosis dinámicas subyacentes a la racionalidad de la ley física (discurso científico) y que salen a la luz. Lo paradójico de la metáfora es el hecho de que refieren al mismo hombre que, en última instancia, es quien interpreta y vivencia el caos ad intra, en su propia vida, y ad extra, en la naturaleza⁹.

La ciencia, hasta ahora, se presenta incapaz de resolver los misterios últimos de la naturaleza, tanto fuera como dentro del hombre, y parecería que se está cada vez más cerca de reconocer esta imposibilidad como parte constitutiva del conocimiento científico.

Tal vez, en el reconocimiento de otros canales de conocimiento, tales como la estética, la ética o la teología, se encuentre también el recurso evolutivo que garantice, en cierta medida, la continuidad de la evolución en creciente complejidad¹⁰. Conocimientos que se expresan, no sólo en el lenguaje lógico-formal de la matemática, sino desde la expresión estética, la metonimia o la analogía favoreciendo el afloramiento de los substratos subyacentes de la realidad entera no capturadas por el discurso racional.

Desde lo sumariamente compartido, puede decirse que definitivamente Dios juega a los dados¹¹: la ciencia va descubriendo las reglas del juego que han determinado la creciente complejidad, emergida en y conducida por el azar de la evolución. Complejidad que, al presente, ha devenido auto-conciente en el juego de la libertad del hombre como su máxima expre-

⁹ Cf. E.A. Agosta Scarel, op. cit., 140-141.

¹⁰ Si esta complejidad creciente ha de ser el sentido último universal. Por lo pronto es lo esperable desde la Ciencia. Hoy por hoy está en manos del hombre.

¹¹ Cf. la expression con S. W. Hawking, *Nature of Space and Time*, Princetone University Press, Sep (1994), 19 y 39 (e-Print Archive: hep-th/9409195). También cf. H. Küng, *¿Existe Dios?* Cristiandad, Madrid 1979, 874-876.

sión conjugando misteriosamente la esencia del azar y la necesaria determinación.

En última instancia ella –la libertad agudamente jugada en la conciencia– parece tener la responsabilidad de decidir los lugares asignados para Dios y el hombre en el juego del universo.

Es evidente que la ciencia se muestra paciente de la contingencia del hombre. No podría ser de otra manera pues ella es fruto de su propio huerto. Las acuciantes dificultades surgidas desde la ciencia y que afectan a la humanidad gravemente –recordemos, por ejemplo, la manipulación genética o la destrucción masiva de la biosfera– nos hacen intuir otras modalidades de acceso a la realidad que, como ya he mencionado, marcadamente desborda la racionalidad de la mente. Es probable que se estén gestando las condiciones para un nuevo paradigma epistemológico-cultural plurisistémico, como afirma G. Hansen¹². Los vericuetos que día a día el quehacer científico recorre, nos retan a reconocer la existencia de interconexiones subyacentes en la complejidad de lo real integrando a todos los sistemas biótico y abióticos en una mayor totalidad sobre la cual el ser humano tiene la privilegiada potestad de influir con su decisión.

En este ámbito, la teología está convidada a ofrecer un discurso hermenéutico ulterior capaz de integrar el horizonte gnoseológico y epistemológico que la ciencia enmarca asumiéndolo como generador de verdaderos axiomas para su propio quehacer. Es la construcción de un discurso único a través de genuinas formas cognitivas para re-expresar no sólo los conceptos teológicos tradicionales sino además la significación originaria de la que es portadora renovando el arte del quehacer teológico¹³. La misma ciencia habilita y está ávida del advenimiento de otros tipos de discursos, expresados plásticamente por el lenguaje artístico/simbólico de carácter metonímico y metafórico que devele capas desconocidas de la realidad y que

¹² G. Hansen, *Universo en expansión, ¿contradicción de la teología? Apreciaciones sobre la cosmología científica y su impacto en la reflexión teológica*. Cuadernos de Teología XX (2001), 151-190.

¹³ Esbozos de las posibles áreas de este renovado arte teológico, ver G. Hansen, op cit., 179-184.

el conocimiento científico está lejos de agotar dado que su semiótica de base es la univocidad del lenguaje lógico-formal que no favorece la transversalidad semántica.

Ahora bien, lo original y renovador de la teología es la portación de un anuncio jamás oído y que no se agota en la inmanencia creacional. Lo suyo propio y lo que salva al discurso científico –y detrás al hombre deseante de verdad– es que ella es capaz de la función de interpretación holística de la realidad. En este sentido, la asimetría inicial existente entre el quehacer científico y el teológico puede verse compensada y el fruto conjunto de ambos quehaceres llegar a unirse en un todo armónico. En todo caso, sólo el acto deliberativo y creyente de la fe puede fusionar la experiencia vivida del asombro, la búsqueda del saber y la iniciativa divina de encuentro histórico.